

INTRODUCCIÓN

La interrogación en torno a si la cuestión feminista (o femenina) sigue siendo un motivo de reflexión, relevante en la actualidad, queda perfectamente respondida por las palabras de María Zambrano cuando escribe:

“Es ahora, por el contrario, cuando la realidad social, política y económica ha abierto un hueco a la mujer, acogiéndola en “igualdad de condiciones que el varón” –al menos aparentemente-, cuando se impone y se necesita esa claridad última que solamente surge cuando las cuestiones prácticas están resueltas. Es ahora, aprovechando la tregua, cuando se hace posible y necesario mirar detenida, objetivamente la cuestión.”¹

A Simone de Beauvoir se le reconoce, sin duda, haber sido una de las pioneras del feminismo contemporáneo, sobre todo en lo que respecta a su aspecto político y reivindicativo. Pero su aportación en la que ha sido una de las corrientes teóricas más interesantes desde la segunda mitad del siglo XX – la Teoría Feminista y con ella la discusión sobre el género- no siempre ha sido reconocida, o al menos ha sido motivo de discusión, cuando no se la ha ignorado. Esto no es de extrañar, ya que no se la ha considerado como una filósofa teórica² –en el sentido de que no creó ningún sistema, sino que permaneció fiel al existencialismo en sus diferentes análisis de la realidad- pero lo que

¹ Zambrano, María, *A propósito de la “grandeza y servidumbre de la mujer”*, en <www.ub.es/smzambrano>

² Porque como dice M^a. Teresa López Pardina: “Hay otra manera de hacer filosofía además de la de crear sistemas y que, en este otro modo de hacer filosofía, Beauvoir debe ocupar el lugar que le corresponde.” López Pardina, M^a. Teresa, *Simone de Beauvoir. Una filósofa del siglo XX*. Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Cádiz, 1998.

sí es cierto es que ella hizo su propia reflexión sobre la vida y sobre problemas que no habían sido considerados, hasta entonces, dignos de análisis: la situación de la mujer en el mundo o la cuestión de la vejez, entre otros. Además, aunque es verdad que en sus diferentes producciones literarias no se aparta de la metodología y los conceptos existencialistas, lo cierto es que ella hace su propia y original interpretación y aportación.

El presente trabajo se centrará, básicamente, en la aportación – importantísima por otra parte- que Beauvoir hace a la discusión sobre el género (*gender*). Judith Butler afirma que la famosa sentencia de la filósofa, “No se nace mujer, llega una a serlo”, con la que se inicia el segundo volumen de su obra más famosa, *El segundo sexo*, podría ser leída como un programa radical para dilucidar el papel que representa el cuerpo en la interpretación de las normas de género. La sexualidad, por tanto, llega así a colocarse en el centro de la reflexión teórica del nuevo feminismo, y *El segundo sexo* se convierte en un punto de referencia fundamental para dicha corriente, al ser, como es, uno de los primeros textos que, haciendo uso de una inestimable documentación, analiza detenida y rigurosamente qué significa ser mujer. La interrogación sobre el sujeto-mujer como punto de partida de la investigación de Beauvoir hace posible el inicio de una nueva forma de reflexión: la Teoría Feminista.

¿Dónde se origina y cuál es la naturaleza de la inferioridad de la mujer y de su subordinación al hombre en el patriarcado? Algunas de las motivaciones teóricas de las diferentes reflexiones que se hacen en torno a esa pregunta tienen como fuente directa de inspiración *El segundo sexo*. Simone de Beauvoir aborda de forma audaz todos los aspectos relacionados con el cuerpo femenino y su sexualidad: desde la infancia a la madurez; desde la heterosexualidad a la homosexualidad; desde la “corrección” del matrimonio a la “incorrección” de la prostitución.

Cuando se publicó *El segundo sexo* (1949), fue recibido con gran hostilidad y se le hicieron críticas implacables y demolidoras, de tal manera que, durante algún tiempo permaneció ignorado hasta que los movimientos de mujeres de la década de los años 70 lo recuperaron como una especie de “Biblia” que les iluminaría el camino a seguir. La condición de la mujer de clase media en Occidente y la reflexión feminista estaban progresando a pasos agigantados si se compara con los movimientos cuyas reivindicaciones se limitaban a ciertos derechos como el del voto, la educación, etc., pero sin cuestionar en ningún momento los papeles tradicionales de la mujer ni la creencia fundamental en una determinada naturaleza femenina que justificaría su situación socio-cultural. En los 70 ya se estaba dando un proceso claro que, andando el tiempo, llevaría a la paridad, a la plena conquista de los derechos jurídicos fundamentales, al acceso igualitario al mundo laboral, y al derecho al mismo salario en igualdad de condiciones. La presencia de la mujer en el entramado social estaba comenzando a ser una realidad.

Claro que todavía quedaban muchas cuestiones que solucionar, como las planteadas por el trabajo doméstico o el cuidado de los hijos, o las tensiones matrimoniales originadas por un cambio de paradigma, y cuya solución no dependía de un divorcio. Pero sobre todo, era necesario plantearse el concepto extendido de la inferioridad de la mujer, expresado en todas las formas y por todos los medios. La mujer libre, independiente y progresista todavía estaba sometida y mantenida en el contexto de unas instituciones con unas fuertes connotaciones masculinas dominantes en la totalidad de la sociedad.

Al final de la década de los 60 se da el fenómeno de una nueva generación de mujeres que emprenden una lucha por la liberación. Sobre todo se trata de estudiantes universitarias que, desde 1963, habían participado en el nuevo movimiento progresista, cuyos órganos

de poder habían estado en manos masculinas, pero en el que había una fuerte participación femenina. Surge en los Estados Unidos pero se difunde rápidamente a los demás países, hasta que en 1968 se llevan a cabo una serie de movilizaciones: movimientos antirracistas; estudiantes para una mayor presencia política en la universidad; una fuerte oposición a la guerra de Vietnam y a favor de la liberación de los países del tercer mundo del coloso del Norte. Todos estos movimientos constituyeron lo que se dio en llamar la Nueva Izquierda.

Entre 1965 y 1968, dentro de ese movimiento nacieron pequeños grupos de mujeres jóvenes que intentaron proponer la temática de la liberación de la mujer recibiendo como respuesta burlas, insultos y la acusación de querer sabotear el objetivo principal de la lucha.

Pero algunas mujeres de estos pequeños grupos, con experiencia en el ámbito de lo político, lo cultural y lo filosófico decidieron poner fin al papel subordinado de la mujer que, incluso en la Nueva Izquierda, respondía a las costumbres, al uso del predominio masculino.

La nueva generación de mujeres que dio vida al nuevo feminismo, y que se componía en su mayor parte de jóvenes estudiantes -y algunas ya doctoras- que se preguntaban por qué, si la paridad entre el hombre y la mujer había sido ya reconocida en muchos ámbitos, todavía persistía la condición de subordinación de la segunda con respecto al primero. Si las mujeres son iguales en cuanto a su derecho a votar, al uso y disfrute de sus bienes económicos, o sea, alcanzan la paridad con los hombres en las sociedades democráticas occidentales y económicamente avanzadas ¿por qué continúa el dominio masculino tanto en la sociedad como en la familia?

Es en este contexto donde se recuperan la obra y las ideas de Beauvoir, convirtiéndose en una de las madres del feminismo contemporáneo, y en un referente, como ya se ha dicho, necesario, no sólo como fundamento de las reivindicaciones del feminismo de la igualdad, sino como base teórica desde y con la cual dialogar en el feminismo de la diferencia, y como el inicio de una Teoría Feminista. Elizabeth Fallaize ha dicho que “el nombre de Simone de Beauvoir ha llegado a ser sinónimo de la voz feminista del siglo XX.”³

Esa voz, la de Beauvoir, ha provocado toda clase de reacciones, desde las más enfervorizadas complicidades, hasta la más implacable hostilidad, incluso dentro del propio movimiento feminista. ¿Por qué el trabajo de Beauvoir ha generado esas reacciones tan extremas? ¿Qué claves pueden encontrarse en la recepción de la teoría de género en su trabajo que colaboren a dar una posible respuesta? En primer lugar, debe notarse que una buena parte de las críticas al trabajo de Beauvoir muestran una considerable antipatía por el motivo de su reflexión. Toril Moi apunta que ninguna escritora francesa ha sido tratada de una forma tan crítica como lo ha sido ella; ni Simone Weil, ni Marguerite Yourcenar, ni Marguerite Duras, ni Natalie Sarraute se han enfrentado con la intensidad, la frecuencia y la virulencia de las críticas que se le han hecho.⁴ Anne Ophir se pregunta: ¿Quién tiene miedo de Simone de Beauvoir? Y Moi enumera una serie de estereotipos recurrentes utilizados para desacreditarla, en lugar de comprometerse con un análisis serio de su trabajo, apuntando que el problema radica en que ella se presenta a sí misma como una mujer intelectual. De este modo, la reclamación del derecho a adoptar una posición desde el compromiso con una actividad intelectual, en

³ Fallaize, E. (ed), *Simone de Beauvoir, A Critical Reader*. Routledge, London and New York, 1998.

⁴ Moi, T., *Simone de Beauvoir. The Making of an intellectual Woman*. Blackwell, Oxford, 1994.

particular la filosófica, se convierte en todo un desafío para el patriarcado.⁵

Una cuestión central que está siempre presente tanto en la producción como en la recepción del trabajo de Beauvoir es la cuestión de su identificación con Sartre. Es cierto que, por un lado, queda clara su deuda intelectual con él, quien le facilita el acceso a los círculos intelectuales que frecuentaba; pero por otro, su reputación ha sido negativamente afectada, ya que a ella siempre se la ha considerado su discípula, lo cual ha venido a ser un pre-juicio que ha impedido un tratamiento más objetivo de su trabajo.

Una segunda cuestión que ha afectado la recepción de Beauvoir es el aparente contenido sexual de su trabajo, desde *La invitada* hasta *El segundo sexo*. Kate Millet describe sus impresiones sobre su lectura de *El segundo sexo* como sigue: “Lo leí poco tiempo después de que saliera. Fue un libro muy perturbador para mí. De hecho, ediciones anteriores habían desenmascarado a las “señoras” y casi tenía una especie de sello perverso. Aparentemente era tan subversivo que su contenido llegó a ser considerado como demasiado sexual.”⁶ François Mauriac se hizo famoso por haber dicho que el libro le había hecho completamente familiar la vagina de Beauvoir.⁷

⁵ Porque como dice Geneviève Fraisse, “Ella inscribe su reflexión en el campo de la alteridad, y que esta alteridad merecería ser invocada por su banalidad para que se mida su incidencia en la historia de las representaciones de la diferencia de los sexos. Se ha visto rápidamente las dificultades que el Otro, aquí la mujer, mantiene con la historia y la historicidad. No sería un sinsentido decir que Simone de Beauvoir ha buscado resolver esta contradicción, la que descubre que si el Otro no es sujeto, no existe historia.” Fraisse, G., *La controversia de los sexos. Identidad, diferencia, igualdad y libertad*, Minerva Ediciones, Madrid, 2002. pp. 173-174.

⁶ Millet, K., *Daughters of de Beauvoir*. ed. P. Forster and I. Sutton. The Women’s Press, 1989. p. 20.

⁷ Beauvoir, S.de, *La fuerza de las cosas*, Edhasa, Barcelona, 1987.

Otras dos cuestiones importantes a considerar serían: en primer lugar, establecer el tratamiento que Beauvoir hace de los diferentes temas que atañen a las mujeres. Ella sabía que corría el peligro de ser catalogada como una escritora de “libros de mujeres” y manifiesta su propósito de establecer una distancia necesaria que le permitiría llevar a cabo una producción de carácter universal, teniendo en cuenta los diferentes aspectos filosóficos más que los puramente personales.

La pregunta que se hace en la introducción del primer volumen de *El segundo sexo* –“¿Qué es una mujer?” no de deja de tener ciertas connotaciones metafísicas. La respuesta inmediata e irreflexiva a dicha cuestión por parte de cualquier mujer sería: “Yo soy”. Esto limita en cierta manera lo que podría considerarse una respuesta filosófica aceptable a la cuestión, a saber, la propia experiencia que Beauvoir tiene de sí misma debe tenerse en cuenta no sólo en el fondo de la pregunta, sino también en su respuesta.⁸ Pero este límite no procede de sus planteamientos o compromisos político –después de todo ella no empezó a militar en los movimientos de mujeres hasta 25 años después de haber escrito *El segundo sexo*-. Más bien el límite de la respuesta que se dé a esa cuestión procederá de los propios criterios personales que se tengan al utilizar la palabra “mujer”. Es decir, lo que lleva a Beauvoir a emprender su investigación filosófica en torno al sujeto-mujer no son sus convicciones políticas, sino su propia experiencia como tal –el descubrimiento de sí misma la lleva a identificarse con la palabra “mujer”. No se trata, por tanto, tan sólo de una cuestión política, social o metafísica, sino de una situación a la que cada mujer debe enfrentarse cada día.

Para Beauvoir, por tanto, ninguna respuesta a la cuestión metafísica “¿Qué es una mujer?” será suficiente para dilucidar su origen que, al fin y al cabo se decide, en primera instancia en la

⁸ Como dice Geneviève Fraisse: “Sin embargo, la explicación de su pensamiento pasa por la consciencia de su ser sexuado.” Op. cit., p. 169.

cotidaneidad del ser mujer. Puesto que su investigación filosófica en torno a la diferencia sexual tiene como punto de partida su deseo de entender su propia identidad vivida como mujer, cualquier evolución de esta cuestión en algo diferente, incluso en el aspecto metafísico, queda suspendida. Es como si ella mantuviera su investigación tanto en sus intereses existenciales como filosóficos.

La atención que Beauvoir presta al simple hecho de que *ella* es un ejemplo de lo que es ser mujer significa que parte de su investigación se centrará en lo que se considera representativo de la femineidad. Pero también significa que ese análisis deberá atender a la existencia y vivencia particulares de eso que se entiende por femineidad. Al reflexionar como lo hace, Beauvoir cuestiona y pone en el centro de su investigación su propia identidad, no sólo para proveer una fundamentación que haga posible una transformación de la misma, sino, y lo que es más importante, poniéndose a sí misma como objeto de una investigación filosófica. Al personalizar la cuestión filosófica de la diferencia sexual de este modo, es capaz de evitar una discusión en términos de esencialismo/anti-esencialismo. Ella nunca se cuestiona si hay una similitud esencial entre las mujeres y una diferencia esencial entre los sexos, sino más bien qué es lo que hace que yo sea sólo un ejemplo, ni mejor ni peor, de una mujer a la que se la define por ese término. Esta es, sin duda, tanto una cuestión feminista como una cuestión filosófica.

La razón por la que Beauvoir adopta esta postura para llevar a cabo su investigación es que ella concibe la filosofía, no como una serie de instrumentos, métodos, problemas, textos, o cualquier otra cosa fijada, sino más bien como un modo de auto-transformación y auto-expresión que puede establecer o destruir la propia originalidad, particularidad y representatividad. El modelo filosófico de Beauvoir sobre la diferencia sexual sirve a los intereses de la tercera ola feminista en tanto en cuanto ella insiste en la importancia de la expresión de las voces particulares. Y desde este punto de vista

filosófico, su modelo ofrece una forma de unir el propio pensamiento con las motivaciones originales.

La pregunta “¿Qué es ser mujer?” convierte la diferencia sexual en una cuestión filosófica, y hace una inestimable aportación al debate esencialismo/anti-esencialismo.

Siguiendo a Beauvoir, muchos expertos se han concentrado en el análisis de la construcción social del género, limitando así otros tipos de análisis basados en la diferencia. Por ejemplo, Linda Krefting dice que de la biología y de la psicología evolutiva podrían surgir evidencias que ayudarían a complementar y a explicar las diferencias de género basadas en la construcción social. Si se tiene en cuenta el uso histórico de la palabra “esencial”, deberían notarse los riesgos de usar las diferencias biológicas para excluir a las personas designadas por Beauvoir como Otro. ¿Puede el pluralismo permitir una construcción más sutil y multidimensional? ¿Cómo se puede considerar, más que negar, la realidad del cuerpo a la hora de establecer una teoría, como al parecer buscaba también hacer Beauvoir?

El análisis existencial de Beauvoir de una mujer universal como el Otro del hombre ha dado lugar a las más complejas interpretaciones. Las feministas francesas posteriores añadieron a esta noción las perspectivas del psicoanálisis lacaniano. Muchos otros desarrollos han ampliado o moderado las ideas aportadas por Beauvoir, las cuales se entienden ahora dentro de un particular contexto histórico y sociocultural: la de una mujer blanca, parisina y burguesa de mediados del siglo XX, y no tanto como una mujer en general. El interés del feminismo en la alteridad se ha ido extendiendo desde las mujeres blancas a otras voces, que incluyen a las mujeres de color y a los hombres, y se combina con el interés en la identidad. Analizar los procesos a través de los cuales los Otros han sido

marginados y excluidos requiere nuevos métodos de investigación porque, en parte, el hecho de que el proceso a través del cual se construyen la alteridad, la identidad y la pluralidad haya sido oscurecido, ha sido, en buena parte, responsabilidad de los expertos.

Pero, a pesar de los muchos progresos obtenidos se puede decir que el trabajo de Beauvoir todavía no ha sido “trascendido” del todo y, por tanto, se requiere volver a él una y otra vez.⁹ Es necesario reconsiderar los análisis que se han hecho de su trabajo para investigar hasta qué punto los prejuicios de los/las investigadores/as han influido en el menosprecio o sublimación tanto de dicho trabajo como de su persona. Por tanto, resultaría bastante aconsejable hacer una relectura del análisis de Beauvoir para obtener ciertos elementos que permitan interrogar a la literatura contemporánea sobre el género y la identidad social.

El trabajo y análisis de Beauvoir remite continuamente a la idea de que lo personal, lo profesional y lo intelectual están interconectados. *El segundo sexo* surgió porque ella se disponía a escribir su autobiografía e inmediatamente se topó con una pregunta crucial: ¿Qué significa para mí ser una mujer? Y en lugar de escribir su biografía, escribe “un ataque contra las ideas contemporáneas sobre la mujer y un texto fundamental para el movimiento de mujeres de la segunda mitad del siglo veinte.”¹⁰ Los comentaristas atienden a la vida y contexto de Beauvoir para poder entender sus ideas y su contribución. La interacción entre las adhesiones y marginalidades en su historia presenta algunos problemas interesantes. Como ya se ha dicho, Toril Moi la identifica como “un mujer intelectual”, una

⁹ Calas, M. y Smircich, L. “From “the woman’s” point of view: Feminist approaches to organization studies”, en S. R. Clegg, C. Hardy y W. R. Nord (Eds.), *Handbook of Organization Studies*. Sage, Londres, 1996.

¹⁰ Fallaize, E, (Ed.), op. cit. p. 3.

pionera de su tiempo, pues se introdujo en las instituciones educativas mayormente masculinas:

Aprovechó su oportunidad de desarrollarse a sí misma como una intelectual en un país y en un tiempo en los que los intelectuales eran considerados como miembros importantes de la sociedad, Simone de Beauvoir llegó a ser más puramente una intelectual que cualquier otra mujer de su época.¹¹

Beauvoir incluso pudo definir a la mujer como Otro en el mundo en el que vivió y que se definía como masculino. Ella experimentó las ambigüedades de dicha situación, buscando seriamente ser considerada como una intelectual pero, al mismo tiempo, no tener que renunciar a la experiencia del amor ni a la estabilidad emocional y sexual. Sin duda, las tensiones que resultaron permearon sus escritos y sus teorías. Pero, definir a Beauvoir como una “intelectual” pone de manifiesto otras cuestiones, como el descrédito de la inteligencia de las mujeres al poner el énfasis más en su pertenencia a una elite que a una atribución personal de valor.¹²

Para algunas feministas ha resultado problemático el hecho de que parece que Beauvoir haya devaluado su propia creatividad. Frente a Sartre, ella se coloca a sí misma en segundo lugar, e inicialmente elige un espacio diferente de escritura: la ficción y no la filosofía. Sin

¹¹ Moi, T. *The Making of a Intellectual Woman*. Blackwell, Londres, 1994. p. 1.

¹² Fraisse distingue tres aspectos del supuesto “privilegio” de Beauvoir: “Es privilegiada porque no sufre por ser mujer, es una mujer que reconoce que pertenece a una casta (incluso si rechaza esta categoría teórica), es una intelectual comprometida en comprender su privilegio y su casta. La mezcla de privilegios, el de no sufrir y ser una intelectual, constituye toda una paradoja: escapar a su condición de oprimida y analizarla desde el interior; ser una mujer y poder olvidarlo, después ser una intelectual y recordar que es una mujer; doble privilegio, de hecho único: por su misma excepcionalidad, Simone de Beauvoir es capaz de pensar lo ordinario, lo parecido.” Fraisse, G., op. cit., p. 169.

embargo, algunos expertos ya cuestionan la opinión tradicional de que Beauvoir fuera una discípula de Sartre, y afirman –como se ve a lo largo de este trabajo- la influencia sobre su trabajo y su propia, original e independiente contribución.

Aquí se hallan varios centros de interés para algunos estudiosos. ¿Por qué ese interés y tenacidad en buscar en su trabajo algo “independiente” para poder valorarlo? ¿Independiente de qué? ¿Qué significa responder a un determinado modelo de vida académica? Está claro que el prejuicio de considerar a Beauvoir como una discípula de Sartre, y no como una mujer intelectual, oscurece y predetermina cualquier contribución que haya hecho. Por eso, resulta de gran valor tener en cuenta y tomar en serio su trabajo como novelista, biógrafa y autobiógrafa. Ella adoptó formas de investigación y estudio que respondían a una epistemología y metodología propias.

La influencia del trabajo de Beauvoir en la investigación de factores organizativos y estructurales ha sido indirecta, pero significativa. *El segundo sexo* puede ser considerado como el punto de partida de significativos cambios en la dirección que ha tomado la investigación feminista en la segunda mitad del siglo XX, y que continúa en el XXI.

Las investigadoras feministas están muy interesadas en incorporar en su análisis un pluralismo y establecer una discontinuidad en el silencio de la alteridad. De ahí que se haya producido un cierto reconocimiento del valor de buscar nuevas formas de aproximación. Siguiendo el precedente de Beauvoir, el feminismo enriquece la investigación profesional importando teoría y método de otras disciplinas, al mismo tiempo que se incluye la perspectiva de género en dichas disciplinas. Este desarrollo tiene el potencial de aumentar el pluralismo en la forma, el contenido y el método de investigación. Pero esta inclusión también tiene como consecuencia

una continuidad de la alteridad, pues se puede hablar de una cierta marginalización al tener que establecer, en algún sentido, un objeto *separado*

Por tanto, partiendo de la hipótesis de que sin el trabajo de Beauvoir el inicio de una Teoría Feminista –reflexión que ha adquirido dimensiones muy importantes en la segunda mitad del siglo XX y que se presenta muy fructífera en el siglo XXI- hubiera sido poco menos que imposible. Este trabajo se propone el reto de hacer un recorrido, no sólo por la vida y obra de Simone de Beauvoir, sino también por las diferentes formas de su recepción, sobre todo en lo que respecta a su obra más conocida: *El segundo sexo*.

Para ello, en primer lugar se tratarán algunas cuestiones hermenéuticas preliminares que ayudarán a delimitar el ámbito de investigación sexo/género. En este apartado se tratarán de definir ambas nociones, y se hará un recorrido más o menos descriptivo por la vida y obra de Simone de Beauvoir para ver en qué sentido o sentidos ella apunta hacia una distinción sustancial de ambos conceptos. En segundo lugar se analizará en qué medida la dimensión sexo/género adquiere una gran importancia en la construcción de la identidad femenina. ¿Qué papel juega el cuerpo en la autocomprensión? ¿Qué es la alteridad en relación con el ser mujer? ¿Cómo funcionan los mitos en la proyección de un determinado sujeto, en este caso el femenino? ¿Qué importancia tiene el aspecto sexual en el sujeto femenino? etc. Y, por último, se verá cómo el feminismo de la segunda y de la tercera ola recibe el trabajo de Simone de Beauvoir. Para ello se ha hecho una selección de eventos y autoras que, según el criterio de la autora de este trabajo, deben ser tenidos en cuenta por su importancia y relevancia.

El feminismo no sólo ha sido una corriente políticosocial del siglo XX, también ha sido –y, de momento, lo seguirá siendo- una

fuente de reflexión teoricofilosófica, y Simone de Beauvoir debe seguir siendo un referente obligado, ya que la mayoría de las cuestiones que están siendo motivo de reflexión en la actualidad ya fueron apuntadas por ella.

El objetivo general de la tesis es trazar, tomando como punto de partida la lectura de la obra de Simone de Beauvoir, uno de los grandes prejuicios de la cultura y que ha provocado lo que podría llamarse una “metafísica de los sexos”, es decir una forma de esencialismo que afirma una diferencia esencial/natural entre hombres y mujeres, la cual define las especificidades de cada uno, identificando lo trascendente con lo masculino, y lo inmanente con lo femenino. El mismo Max Scheller en *Del pudor* diría que *‘la mujer es el genio de la vida’*, y *‘el hombre es el genio del espíritu’*. Se trata del constructo *género* (gender) como generador de identidades y de “alteridades”.

Podría parecer poco relevante plantearse la pregunta por el género en una cultura que parece haber superado una gran cantidad de prejuicios, entre ellos el de la diferenciación sexual. Sin embargo, todavía resulta irritante comprobar cómo el constructo género sigue dando lugar a una determinada identidad e identidades hombre y a una determinada identidad e identidades mujer. Todavía existen comportamientos sociales que son acríticamente aceptados como masculinos o femeninos, es decir, los estereotipos siguen funcionando. El hecho de entendernos a nosotros mismos como masculinos o femeninos resulta problemático debido, precisamente a las atribuciones y caracterizaciones que se han hecho de ambos conceptos. Puede afirmarse que se ha asumido acríticamente una determinada construcción de identidades basadas en la noción de género; porque ¿qué significa ser mujer? ¿qué significa ser varón? ¿no parecen constructos intencionados que pretenden delimitar y definir, generalizando, no solo los procesos de construcción de identidades, sino las mismas identidades y subjetividades? ¿cuáles son los

contenidos de esos constructos? ¿quién los establece? ¿qué tipo de discursos genera? Es cierto que el varón no tiene la pretensión consciente de erigirse en sujeto absoluto, como diría Beauvoir, sin embargo, en su relación con las mujeres sigue asumiendo los viejos preconceptos fruto de un determinado sistema (patriarcal), y aunque crea en la igualdad, ésta no deja de ser una igualdad abstracta, ya que las desigualdades concretas siguen siendo evidentes.

La doble dimensión sexo/género forma parte de la realidad subjetiva de todos los seres humanos, afecta toda su vida y sufren sus consecuencias, tanto positivas como negativas.¹³ Todos los seres humanos, sin excepción y desde el momento de la concepción, están destinados a pertenecer a uno de los dos sexos en los que se divide la especie. El entendimiento de esa pertenencia condicionará de forma decisiva la propia experiencia vital, la identidad personal, la comprensión que se tiene de uno mismo, y el reconocimiento de los demás. En una cultura como la occidental, heredera de una variedad de dualismos: seco y húmedo; sensible e inteligible; alma y cuerpo, etc., una investigación del dualismo de género masculino/femenino y de su importancia en la construcción de diferentes identidades y subjetividades no solo es relevante, sino necesaria.

La noción de género no se puede separar ni de los procesos biológicos ni de los sociales, los cuales la hacen posible. De hecho, y de acuerdo con Beauvoir, “no basta con decir que la mujer es una hembra, tampoco es posible definirla por la conciencia que adquiere de su feminidad en el seno de la sociedad de la que forma parte”¹⁴, sino que ambas cosas están estrechamente ligadas. Por tanto será necesario mostrar cómo y en que medida esos procesos biológicos y

¹³ Barberá, Ester. *Psicología del género*. Ariel Psicología, Barcelona, 1998. pp. 12-

13

¹⁴ De Beauvoir, Simone. *El segundo sexo. Los hechos y los mitos*. Vol. I. Ed. Siglo XX, Buenos Aires.

sociales, atravesados por la noción de género, han dado lugar a una determinada interpretación, no sólo de dichos procesos, sino de las diferentes identidades.

El modelo de humanidad ha sido, sin duda, el masculino. De hecho, la feminidad siempre ha sido considerada como un misterio, tal vez debido a que se estructura de acuerdo y en función de la masculinidad. Lo femenino es lo extraño, lo ajeno. La palabra “hombre” como genérica para toda la humanidad es un ejemplo de ello. Sin embargo se está asistiendo a una especie de juego a través del cual la problematización de la identidad “genérica” es un hecho. Ya no sólo resulta problemático responder a la pregunta ¿qué es ser mujer? sino que también lo es responder a ¿qué es ser hombre? Como se ha mencionado más arriba, los seres humanos ya nacen instalados en una realidad sexuada y, por tanto, resulta muy difícil establecer la distancia necesaria que permita analizar con rigor los prejuicios, los problemas y las consecuencias que se han generado partiendo de dicha realidad. Sin embargo “el planteamiento de la doble dimensión sexo/género [no sólo es necesaria, sino que] forma parte de la realidad subjetiva que compete a todo ser humano..,[pues] el sistema sexo/género afecta a toda nuestra vida y todos sin excepción sufrimos o gozamos sus consecuencias.”¹⁵

Por tanto, el objetivo principal de este trabajo será tratar de poner en evidencia que la discusión/reflexión sobre el género tiene, como ya se ha dicho, como referente obligado el análisis que hace Simone de Beauvoir, y eso salvando las obvias distancias históricas, contextuales y conceptuales, de la condición/situación de las mujeres.

¹⁵ Barberá, Ester, op. cit.